

Bajo la sombrilla

Mariella Sala

Lo diría, lo diría. Ciertamente era el momento oportuno para sugerirlo. Pronto todas recogerían sus tejidos, se zambullirían con sus viejos gorros de baño y se irían a almorzar a sus casas. Si les afectaba mucho no tendrían que soportar escenas. Se levantarían airosamente y tomaría el camino del cerro, a toda prisa, sin bañarse siquiera. Hacía apenas un momento que habían quedado en silencio, concentradas en su labor algunas, otras embelesadas con el color del mar y la calma de la playa a esta hora en que ya todos los jóvenes se habían retirado.

Miró a Norma y decidió que hablaría mirándola a ella. Era la más comprensiva del grupo de amigas que empezaron a reunirse en la otra playa, treinta años atrás, bajo las mismas sombrillas que ahora lucían vetustas y descoloridas. Norma, con los años, estaba casi ciega y tenía ya el aspecto de una anciana. Era la demostración palpable de que ella tenía la razón: debían regresar a la antigua playa. Ya el cuerpo no les daba para hacer la caminata y los días de semana podían estar cómodas como antes en la playa frente a sus casas.

Sí, lo diría. Desde el amanecer se había sentido rara. Pensó que sería porque los nietos se habían ido y como nunca se encontró sola, sin tener con quién hablar, a quién atender. Despertó con la luz celeste de la madrugada y ya los pajaritos del árbol que daba a su ventana armaban un ruido tremendo. Pensó que nunca

había visto la bahía tan bella como esta mañana, al menos desde que sus hijos estaban chicos y todavía se bañaban aquí sin tener que huir de los nuevos veraneantes que vinieron a invadir y estropearles la playa. Hasta cambiaron la marea y ya casi no quedaba arena para asolearse. Miró las lanchas de los pescadores y por un momento olvidó que el tiempo había pasado. A pesar de los grandes cambios en su vida, sentía la misma sensación, mezcla de malestar y felicidad, que experimentaba cuando aún amaba a Carlos y estaba orgullosa de la belleza de sus hijos.

No previó por cierto que algún día sería abandonada por ellos y que esta playa, a la que llegó bajo el pretexto de que los niños necesitaban aire libre, se convertiría en su asilo. Incluso se sorprendió a sí misma cuando al dejar de existir motivos para continuar pasando la temporada de verano en el balneario, ella argumentó que estaba vieja y, a su edad, necesitaba de sol y descanso.

Pero ahora que tendría que decírselo a sus amigas de la sombrilla, se sentía inquieta. Ellas tampoco se creían viejas a pesar de la imagen que proyectaban. ¿Cómo fundamentar entonces la necesidad de regresar a la bahía? ¿Cómo explicarles que se cansaba, que algunos días al bajar a la playa grande sentía una agitación tal que parecía que el pecho le iba a estallar? Se dirigiría a Norma, no miraría ni a Lucha ni a Estela, ellas jamás admitirían el retroceso.

Aspiró profundamente y, decidida, rompió el silencio: ¿Han visto que la playita está mejor ahora sin tanta gente? —dijo—. ¿Han pensado que podríamos bañarnos algunos días allá para no tener que caminar tanto? Se sorprendió de la fuerza que encontró en su propia voz, pero no la habían escuchado. Se estaban levantando para darse el chapuzón, se ponían los gorros de baño y se alejaban casi tambaleándose, bromeando entre ellas, riéndose. Miró a Estela tomar del brazo a Norma para que no se perdiera sin anteojos. Suspiró. Había quedado rezagada, sentada sola bajo la sombrilla, mientras sus amigas se sumergían en el mar. Se levantó, recogió su tejido y pensó: no importa, mañana se los diré; y lentamente avanzó para reunirse con ellas en el mar.